

PREMIO SOUTHERN PERÚ A LA CREATIVIDAD HUMANA 2001
—Homenaje a María Rostworowski—

Cuando hace ya seis años la Pontificia Universidad Católica del Perú y la empresa Southern se unieron para instaurar el premio que hoy entregamos, ambas instituciones expresaron un deseo muy concreto: el de reconocer y hacer reconocer por medio de él los méritos de los intelectuales que, mediante un trabajo paciente y metódico y a través del ejercicio fértil de su creatividad, amplían nuestro horizonte de observación y comprensión del mundo en el que vivimos por medio de las revelaciones de las letras y las ciencias.

Esta distinción tiene, por tanto, el propósito de premiar no solamente la excelencia profesional, sino, al mismo tiempo, la proyección cívica y espiritual de una vida dedicada al intelecto. Queremos resaltar ante la Nación aquellas trayectorias intelectuales que, además de haberse centrado en el cultivo riguroso de alguna disciplina científica o humanística, lo han hecho con una permanente vocación de servicio al país.

En nuestra homenajeada de esta noche, la señora María Rostworowski, se reúnen, precisamente, esas elevadas calidades. Por medio de una investigación paciente y metódica, que no ha perdido su entusiasta impulso en el curso de varias décadas, la señora Rostworowski ha entregado a sus compatriotas un don inapreciable: una imagen nueva y más rica de sí mismos, una forma de comprensión más honda del país a través de la exploración audaz y en muchos casos pionera en ciertos aspectos cruciales de nuestro pasado nacional.

La investigación y la reflexión sobre la historia nos abren dos caminos en apariencia contradictorios, pero en el fondo conciliables. Por un lado, el cultivo de la historia pone de relieve las innumerables diferencias que separan a los distintos pueblos en que se disgrega la especie humana y de ese modo, al instruirnos sobre nuestra diversidad, puede obrar también como una maestra de tolerancia. Por otro lado, al colocar ante nuestros ojos tal pluralidad, nos permite intuir y afirmar igualmente, por contraste, la radical semejanza de todos los pueblos, unidos en una misma condición, que es la condición humana.

Cultivar la historia es, en efecto, un modo privilegiado de acercarse al ser humano, de entenderlo como un ser que, a través de un logos sapiente,

convierte la mera extensión geográfica en morada y paisaje y el neutro transcurrir del tiempo en proyecto y destino. Significa, por tanto, entender la existencia como un movimiento incesante a través del cual todos los hombres, a partir de una situación ya dada, asumiéndola, recorren lo que Sartre llamaba «los caminos de la libertad» y van creándose así un futuro.

Consciente de esa singularidad, María Rostworowski ha percibido su quehacer como una tarea que trasciende la minuciosa recolección de hechos presuntamente objetivables. Su obra intelectual no desconoce, por cierto, esa dimensión indispensable del trabajo historiográfico; pero tal vez no sea aventurado afirmar que el acopio certero de datos y la verificación de hechos constituyen, en su esfuerzo intelectual, una estación previa a la concreción de un anhelo más amplio y profundo: la reconstrucción tentativa de una realidad en la cual lo que verdaderamente cuenta es el hombre y, sobre todo, las decisiones que éste adopta en el ejercicio de su libertad.

Así, no ha interesado a la señora Rostworoski ir a la caza del hecho aislado, sino que a partir de él se ha propuesto conocer y penetrar en las causas que lo motivaron, las tramas que lo rodearon y las personas que lo protagonizaron. Y para hacerlo ha tratado de pensar y de sentir como éstas, plegándose a la textura más íntima de quienes encarnaron ese particular momento de la historia.

Las ciencias humanas contemporáneas han colocado la actividad hermenéutica en el centro de sus esfuerzos. Ella no asume la misma expresión en todas las disciplinas humanísticas; en el terreno de la historia, el anhelo interpretativo ha reclamado del investigador un esfuerzo de compenetración con la materia de sus estudios, los hombres concretos que vivieron en una época determinada y dejaron escritos, monumentos, normas, utensilios y relatos como testimonio de su existencia pasada. Esa capacidad de compenetración, esa inclinación a la empatía preconizada ya a fines del siglo XIX por los pioneros de las ciencias de la cultura, ha llegado a convertirse en el sello de identidad del historiador cabal, y ella marca, por cierto, desde sus inicios, la obra de doña María.

La interpretación y la comprensión —la *verstehen* proclamada por los historicistas de la generación de Wilhelm Dilthey— constituyen, por lo demás, la dimensión moral de la investigación humanística. Sin ellas, estaremos siempre ante el riesgo del bizantinismo, ante el peligro de acumular avariciosamente datos inertes sin que ellos se traduzcan en puentes que nos permitan comunicarnos mejor con nosotros mismos, pues es ello lo que está en cuestión cuando hablamos de nuestro pasado.

Esta consideración general tiene una expresión concreta en la obra que hoy festejamos. Su autora ha entendido que la tarea de quien es llamado por la historia supone, quizás en mayor proporción que en otros dominios, ampliar la inteligencia que comprende y da sentido y, con ello, admitir las múltiples posibilidades de significado que encierra toda acción humana. Gracias a esa certeza su trabajo ha arrojado como fruto una comprensión singular, perspicaz e imaginativa del hombre peruano, en especial del andino. Alejada del peligro latente que a menudo corre el académico de salón, esto es, la tentación de ver el mundo de una manera hermética y unidimensional, María Rostworowski ha podido transitar sin mayores dificultades los caminos de lo interdisciplinario y al hacerlo nos ha recordado cuán necesario es, tratándose del hombre y de sus pueblos, conjugar perspectivas para que, mutuamente enriquecidas, nos permitan un acercamiento más fiel a una materia de incontables aristas.

Es cierto que esa manera de entender y explicar el pasado, que no teme abandonar las rígidas posturas del positivismo para volver la mirada hacia nuevos horizontes, ha llevado a más de uno a caer en el otro extremo: la banalidad de la especulación arbitraria. Pero ése no ha sido afortunadamente su caso, pues ella nunca ha perdido de vista el verdadero cartabón de todo intento interpretativo: el ser humano, el hombre en tanto realidad y proyecto.

Tal principio de responsabilidad ante el objeto de nuestra atención —esto es, la conciencia de que nuestro deber es iluminarlo para nuestros semejantes y no hacer de él pretexto de un regodeo imaginativo pero vano— ha de ser virtud cardinal de todo humanista y científico íntegro. La observancia de semejante principio permite que nuestra actividad no sea solamente intelectual, sino además moral.

Como he advertido ya, todo lo dicho no implica que en los trabajos de la señora Rostworowski se haya descuidado el justo valor al dato. Ella tuvo siempre la certeza de que sin él ni la memoria ni cualquier intento serio de interpretación serían posibles. Por eso, apelando a la curiosidad autodidacta antes que a los a veces secos formalismos curriculares, supo aquilatar las lecciones metodológicas de su maestro Raúl Porras Barrenechea y, a una edad en que muchos dan por concluida su etapa formativa, empezó a educar su talento y su vocación de investigadora en la búsqueda misma de la fecha precisa, de la enunciación exacta, del texto fidedigno, para luego ir hasta el lugar de los hechos y confrontar el dato documental con la propia realidad.

De este modo, es justo señalar que si en la obra historiográfica de María Rostworowski nos impresiona su vocación por ofrecernos una imagen más rica y compleja de nuestro pasado nacional, ella es digna de encomio,

también, por sus calidades y contribuciones específicas a la práctica de la profesión entre nosotros. No soy el llamado a ponderar con precisión esas calidades. Me conformo por ello en recordar esa virtud que por consenso le reconoce la comunidad de historiadores en nuestro país: su esfuerzo pionero por ensayar un nuevo acercamiento a las fuentes, por extraer de las crónicas de la etapa Colonial, mediante una renovada lectura, nuevos materiales para la edificación de nuestra historia sobre bases más sólidas.

No es, por otro lado, la innovación metodológica su único aporte a la historiografía nacional. Es nuestro deber, además, reconocer en nuestra homenajeadada una auténtica pionera de los estudios sobre el pasado prehispánico de la costa peruana, un campo en el que ha realizado algunos de sus más interesantes y originales contribuciones al conocimiento de nuestro pasado. Y es en esa inquietud de pionera, además de en las otras calidades de rigor e inventiva de su trabajo, que podemos ver en María Rostworowski una justa acreedora de la Medalla José de la Riva Agüero que hoy queremos entregarle. Como lo hizo el autor de *La Historia en el Perú*, ella no ha vacilado en caminar solitaria por terrenos novedosos de su disciplina, en una demostración simultánea de audacia, de creatividad y de rigor.

Ha sido justamente esta inquieta aproximación a su quehacer, aunada a una inteligencia siempre abierta e inquisitiva, la que, a lo largo de casi cincuenta años de trabajo ininterrumpido, ha permitido a María Rostworowski examinar con creatividad y rigor un asombroso conjunto de temas y momentos de la historia del Perú antiguo. Desde su inicial Pachacútec Inca Yupanqui hasta su imprescindible Historia del Tahuantinsuyo, pasando por ese bien superado desafío intelectual que representó para ella la escritura de Estructuras andinas de poder, su labor historiográfica no ha cesado de rescatar datos cruciales, de descubrir fuentes documentales desconocidas y de componer una imagen que, asistida por los aportes de la etnografía y la antropología, retrate con mayores matices nuestro pasado prehispánico, sobre todo el vinculado con la costa indígena y el Estado incaico. De esta manera, si nos aproximamos hoy al sinnúmero de libros, monografías y artículos que componen su obra, podremos apreciar en ellos un vasto y colorido fresco de los albores de nuestra nación, con el esplendor y las sombras del Tahuantinsuyo, con sus señoríos regionales y sus guerras, con sus logros duraderos y sus circunstanciales aunque decisivos desencuentros.

A través de ese valioso legado, María Rostworowski nos muestra que el Perú prehispánico no sólo ha sido para ella objeto de estudio y tema de reflexión como investigadora, sino que ha constituido y lo sigue siendo hasta

ahora una preocupación esencial que la compromete como protagonista de la vida nacional. Por ello pienso que, en la amplitud de su obra, el mensaje último que busca transmitir es el de llamarnos la atención sobre la necesidad de asumir con plenitud y amor nuestro pasado andino y con ello acometer esa inmensa tarea que, preñada de orgullo y de responsabilidad, nace del hecho de ser peruanos. Apuntan así esas bellas lecciones que son sus textos a plantear un modo auténtico de sentir y querer nuestra patria, lecciones que no pueden ser justamente evaluadas sino en los exámenes que la vida renovadamente nos ofrece.

Muy apreciada y querida doctora María Rostworowski:

Por todo lo expresado, es un verdadero honor felicitarla en nombre de la comunidad universitaria que represento y manifestarle nuestra satisfacción de que la Medalla José de la Riva-Agüero, que lleva el nombre de uno de los forjadores de nuestra institución, recaiga merecidamente hoy en una historiadora como usted, quien ostenta aquellas elevadas virtudes académicas y humanas que los ideales de la Universidad Católica propugnan y salvaguardan. Reciba, pues, esta medalla que simboliza la gratitud de

todos aquellos que hemos aprendido de su saber y que hallamos en su persona un hermoso ejemplo.

SALOMÓN LERNER FEBRES

RECTOR

Lima, 23 de Noviembre del 2001